

PRÓLOGO

FÉLIX GRÁNDEZ MORENO

“¿Has leído la poesía de Miguel Hernández? ¿Y si la has leído, has escuchado el álbum que Joan Manuel Serrat hizo con sus poemas? Me gusta sobre todo la *Elegía* que dedicó a su amigo Ramón Sijé. Y me gusta especialmente la dedicatoria, cuando Hernández dice “*en Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería*”. ¿Has reparado en la última frase del verso? En la versión musical, Serrat dice, y por eso se popularizó erróneamente, “*a quien tanto quería*”. Mientras que Hernández escribió “*con quien tanto quería*”. Es una expresión más profunda. No se refiere sólo a quererse mutuamente, significa que también querían y amaban tantas cosas en común. Y ahí estaba el valor y el sentido de su amistad”. Palabras más, palabras menos, Andrés tuvo este diálogo con varias personas, en diferentes lugares y circunstancias.

Este libro está escrito por un grupo de amigas y amigos para quiénes Andrés es, en buena cuenta, lo que Ramón Sijé fue para Miguel Hernández: el amigo con quien tanto queríamos.

Su publicación fue pensada como un canto coral. Un canto cuya única melodía es la vida de nuestro amigo. Un canto en el que cada uno interpreta el tono y la letra que su experiencia le inspira. Concurren así las voces y estilos de poco más de cincuenta personas de diferentes generaciones,

que conocieron a Andrés en distintos lugares y momentos de sus vidas.

Todos cuentan aquí una historia. El personaje es el mismo. Vista en perspectiva, la historia es la misma, pero cada persona destaca una dimensión, una anécdota, una conversación, por ahí alguna faceta desconocida, los avatares de una vida bien vivida, los caminos recorridos; los sentimientos que despertaron su generosidad y bonhomía, el testimonio de las reflexiones surgidas al interactuar con él.

Para quienes creen conocer a Andrés, este libro trae más de una sorpresa. Como para confirmar lo que dice el escritor colombiano Juan Gabriel Vasquez en su más reciente novela, *Los nombres de Feliza*: “Lo malo de querer tanto a una persona es creer que la conocemos: la ilusión de saber lo que piensa y lo que siente a cada instante, el espejismo de entender sus demonios y sus pesadillas igual que entendemos los nuestros”.

De la lectura de estas páginas emergen diferentes claves de lectura en la vida de Andrés, todas ellas surgidas de la amistad compartida. En 1976, en una entrevista en la que habla de Miguel de Cervantes y Don Quijote, Jorge Luis Borges sostiene que la amistad es, sin duda, una clave de lectura, ya que solo entre amigos se puede captar el sentido de algunas cosas que a ojos de otros puede resultar inadvertida.

En una primera semblanza de Andrés, surgen así los siguientes rasgos: sacerdote, o cura como a él le gustaba decir; misionero; asesor de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos - UNEC y del Movimiento de Profesionales Católicos - MPC; vicario pastoral de Cristo Redentor, en el Rímac; notable profesor de teología en la Pontificia Universidad Católica del Perú; un intelectual cordial; en su momento, director del Instituto de Pastoral Andina en el Cusco; alguna vez enfermero, hospitalario siempre; amigo más que consejero espiritual; editor y corrector de textos más

que escribidor; magnífico cocinero y buen comensal; gran conversador y contador de historias, especialmente elocuente en las sobremesas; dueño de una risa franca y un humor socarrón lleno de ironías sutiles; en fin, una de esas personas que hacen el mundo más cálido y la vida más habitable.

Complementariamente, la fe también es una clave de lectura en su vida. Porque Andrés, por encima de todo, quiso ser un discípulo de Jesús. Discípulo, seguidor, amigo de Jesús, esto es, un cristiano. Ni más ni menos. A Andrés lo atraía Jesús por su capacidad de amar, por su libertad, por su testimonio. El seguimiento de Jesús es la clave para entender a este hombre que entregó su vida a predicar por doquier que Dios es amor, un amor gratuito, un amor que todo lo puede y, a la vez, nada puede sin la fraternidad y la solidaridad de todos nosotros.

Con la libertad de los hijos de Dios, Andrés se tomó en serio el pedido de vivir teniendo los mismos sentimientos de Jesús, de continuar la práctica de Jesús, de ser como Jesús y caminar junto a los pobres de la tierra, anunciado el Reino y la liberación. Una persona dotada de humanidad, una humanidad que viene de Jesús, de una humanidad nueva, anticipo de la que podemos y debemos construir. Basada en el reconocimiento del otro y no en el individualismo, en la solidaridad y no en el sálvese quien pueda.

Discípulo, entonces, como muchos en la corriente de la Iglesia de los pobres, en el Perú, en América Latina y en el mundo. Y discípulo también a su manera. La historia de Andrés es una historia en la que se funden lo personal y lo colectivo, la biografía y los mundos de los que formó parte.

Los testimonios aquí reunidos han sido escritos entre noviembre de 2025 y mayo de 2026, en el contexto del duelo por la muerte de Andrés. *“Tanto dolor se agrupa en mi costado que, por doler, me duele hasta el aliento”*, dice Miguel

Hernández en la misma *Elegía*. La vida nos enseña que el dolor no es sólo una alteración biológica, sino también una ventana a la fragilidad humana. Aprendemos también que los seres humanos somos criaturas que necesitamos consuelo.

Desde la experiencia de la fragilidad y de la necesidad de consuelo, tratamos de encontrar las palabras para contar la historia de nuestros muertos, aquellas “historias que dejan huellas indelebles entre nosotros”, tal y como recomienda la escritora y rabina francesa Delphine Horvilleur en *Vivir con nuestros muertos*.

En 1980, luego de la muerte de Hugo Echegaray, otro amigo muy querido, Gustavo Gutiérrez escribió: “si su muerte fue un doloroso y repentino acontecimiento, su vida es una alegre y duradera noticia... Y no es sencillo expresar con un poco de orden lo que quisiera decir a partir de tantas cosas vividas, grandes y pequeñas, de tantas cosas compartidas todavía jóvenes y vigentes, tantas emociones que cargan y aún no se desprenden de los recuerdos”.

No estábamos preparados para la muerte de Andrés. Nadie puede prepararse para la muerte de un ser querido. Todos hubiéramos querido despedirnos, conversar con él y escuchar de sus labios qué es lo que sentía, cómo estaba viviendo ese momento, qué pensamientos atravesaban su corazón.

A esa experiencia se refiere la escritora francesa Delphine de Vigan en su novela *Las gratitudes*: “Uno piensa que tendrá tiempo de decir las cosas, y cuando se quiere dar cuenta ya es demasiado tarde. Uno piensa que basta con dar muestras de cariño, con hacer gestos, pero no es verdad, hay que decir lo que se siente”.

De alguna manera, los que hemos hecho aquí es decir lo que sentimos. Y al hacerlo hemos establecido una conversación con Andrés. “No poseo sino mi vida para expresar

mi muerte”, escribió César Vallejo. En los testimonios aquí reunidos en estas páginas, Andrés parecería decir: “*no poseo sino mi muerte para expresar mi vida*”.

Mas que un homenaje este libro es una evocación y una invocación. Por ello, sugiero leerlo recordando la última estrofa de la *Elegía* de Miguel Hernández, aquella que Andrés repetía una y otra vez:

*“A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero”.*

Luego de leer estas historias y hablar de estas muchas cosas con el amigo con quien tanto queríamos, tal vez podamos sentirnos eufóricos y felices, como el protagonista de *Soldado de Salamina*, la gran novela de Javier Cercas, cuando hacia el final del relato imagina un reencuentro en el que podría estar “sin charlar, sin decir nada, sólo sintiendo pasar el tiempo, porque para entonces seríamos tan amigos que ya no necesitaríamos hablar para estar a gusto juntos”.